



### **Prolongación de la siesta**

Era una araña de patas largas como zancos y cuerpo menudo. Parecía mayor de lo que en realidad era, a causa del alcance de sus extremidades. Alcanzó a verla hilar allá arriba, por encima de su cabeza recostada sobre la almohada. Había oído decir alguna vez —no que lo hubiera leído él mismo— que el hilo de araña era tan resistente o más que el acero. ¿Quién hubiera podido creerlo? La explicación que exigió, o le fue ofrecida no alcanzó a satisfacerlo. Se trataba de comparaciones del género siguiente: *si se tomara equis cantidad de hilo de araña y se juntara a la manera de un cable de acero, y tal,* pues qué gracia tenía así la cosa. Todo esto tenía que ver asimismo, no sabía muy bien de qué modo, con la teoría de la relatividad de Einstein. Lo bueno hubiera sido si de verdad la tela de araña sirviera para exportar como ocurría con el acero. Entonces sí que habría él sabido sacar provecho de cuánta araña se pusiera al alcance de su

vista, y hasta una granja y cientos de ellas, de arañas tejedoras de cables mil veces más resistentes que el acero habría él instalado y hecho explotar, para beneficio del género humano, claro, seguramente agradecido eternamente por igual de tan increíble generosidad como del genio de quien lo hacía posible. Hacía poco que, durante la visita de cortesía de alguno, —maldita sea si podía recordar ahora su nombre—, se había hecho referir la historia de... No. No. ¡Se trataba de una leyenda! ¿Ya la conocía él, o se la refirió por iniciativa propia su visitante? Sí. Aún podía recordar. Se trataba de la flaca. O no, porque la flaca era esta arañita que tejía sobre su cabeza, ¿no? —siempre allí. ¿se trataría de la misma, o de una doble, como él tenía los suyos—. ¡Vaya empeño el de la patilarga! Pues eso, que le contó al visitante la historia de la araña que siempre tejía por encima de su cabeza, y le dijo como cosa suya aquello que le habían contado de la resistencia relativa de un hilo de araña en relación con el acero, y vio de qué manera el novelista... ¡Eso, se trataba de uno que escribía novelas! Pero no de aquel otro, sino de éste. Pues bien, éste le refirió la leyenda del Ñandutí, que es un tejido muy fino que... Y ya se le olvidó cómo seguía el cuento ése. Era una lástima porque quién sabía en que ocasión podría servirle para impresionar a quienes le escuchaban boquiabiertos... ¡Se debía él tanto a tantos, que no había modo de retraerse y...! Si aquello del hilo de araña hubiera dado algún resultado, es decir, si no se hubiera tratado nada más que de una comparación, tan odiosa como teórica, él bien que habría podido tener asimismo sus arañas, tan famosas y productivas como vacas, y de nombres tan sonoros como aquellos. Imaginaba para ellas nombres como Hilandera, Tejedora, Maravilla, y aquel tan a cuento de Ñandutí, que le daría a alguna de ellas en honor a... ¿Cómo diablos se llamaba aquel...? Después de recibir la inyección seguramente lo recordaría. Es decir, si se acordaba entonces de que debía acordarse de algo que... Es probable... —se dijo, olvidándosele a seguidas aquello que debía ser probable—. Lo importante era que... Era... que... Entre tanto, allá por encima de su cabeza... Claro, tenía las patas extraordinariamente largas para un cuerpo tan canijo. Entre el abdomen y la cabeza no llegaban al tamaño de la cabeza de un clavo mediano. Pero las patas,

que venían a ser como las manos de *la flaca* —así la llamaba familiarmente— eran todo gesticulación e impulso, con un sentido que, naturalmente, no podía estar dirigido por una cabeza tan pequeña, y ni siquiera por un instinto que se localizara en el abdomen, sino seguramente por un esfuerzo comulgado que residía en las patas mismas, como el del titiritero que ya sabe qué movimiento será el próximo, cuando aún su cabeza junta los cabos del movimiento anterior, y diseña un juego de manos cuyos resultados contemplan con asombro quienes... Observó la destreza —irremediabilmente carnicera— de la araña como si se tratara de una aliada, de un vástago suyo, de un aprendiz o pupilo. De algún modo se atribuía algo de aquella maña bien calculada y mejor ejecutada. Sin reparos ni vacilaciones. ¡Limpiamente!

—¡La atrapaste! —dijo. Y a la mosca—: ¡De nada te valdrán tus zumbidos y el aleteo desesperado de tus cochinas alas, antes al contrario, uno y otros te perderán irremediabilmente! Unas cuantas volteadas y ya está... Lista para servir. O mejor, como una momia que espera despertar un día a su pesadilla, comida de larvas.

Sin saber porqué comenzó a impacientarse, como si terminada la operación que había observado desde su hamaca, ahora se aburriera sin saber qué cosa hacer.

—Si vendrá Finita de una vez... Finita. Finita. —Pero no contó con las fuerzas bastante para llamarla—. ¡Ah, eres tú! —Dijo, con alarma, en cuánto la vio allí, junto a la hamaca. ¿Quién eres tú? ¿Finita? No. ¡Vete! Yo quiero que me traigan a la otra. Que aquí, *el que corta el bacalao*, soy yo. Yo. Y no tú. No tú ni nadie, más que yo.

La mujer se retiró, obediente, como mandaba a hacer el hombre que yacía tendido en la hamaca de hilos trenzados con harta sutileza. Se deslizó marcha atrás, como profundamente hundida en sí misma; derrotada sin orillas. Poca cosa. Nadie. Nada. Otra mujer que se le parecía como una gota de agua se acercó en su lugar. Consultando con

una mirada ansiosa a quienes los rodeaban a cierta prudente distancia, y asintiendo con ellos luego de haber recorrido en redondo los rostros de todos y cada uno de ellos, se inclinó sobre el yaciente y, como quien no teme porque no tiene motivos, lanzó sobre el brazo de músculos flácidos y reblanquidos la aguja de la hipodérmica, lo mismo que si se tratara de un dardo que se lanza contra un blanco largo tiempo elegido.

—¡Ah, y ahora para colmo me embistes? —dijo el hombre, quejoso, pero sin llegar a ver a la mujer— ¿Eh, Finita? ¿Has visto a lo que se dedica últimamente Ubre Pródiga? Te digo yo que si no fuera por esos malditos... ¿cómo se llaman? Pero no importa nada, porque además del *hombre nuevo*, voy a crear una nueva especie de vaca cruzada con araña que dará mucho de que hablar. Y conseguía ver sin esfuerzo alguno una vaca real colgada de su hilo irrompible, que a la vez que se dejaba ordeñar por unas máquinas sapientísimas absolutamente mecanizadas, se sacaba del buche o de la pechera el otro extremo de un hilo de aplicaciones industriales, recogido y diestramente trenzado por otras máquinas. Y si se miraba en torno, se podía ver una interminable sucesión de aquellos ejemplares vacuno-arácnidos de su creación, igual que los hombres nuevos que, si no se concretaban en imágenes tan convincentes como estas otras ello se debía seguramente a... algún ¿cómo se decía? ¡Eso! ¡Imprevisto! No, no era ésa la palabra. Ya ninguna palabra era lo que había sido antes.

—¡Esto lo hará sentirse mejor en poco tiempo! —Le avisó la mujer—. Ya verá como dentro de poquísimos ni se acuerda de que... ¡Quiero decir, que vuelve a estar *listo para vencer*! ¡No faltaba más! (Es verdaderamente increíble lo que hace una hipodérmica de éstas. Ver para creer).

Naturalmente que él no podría ver nada de aquello ni de muchas otras cosas, y no sólo porque estuviera echado y sufriera de aquello que..., (¿Cómo le había dicho el médico?) sino porque había sido siempre miope con una miopía tan pronunciada como vanidosa, que se resistía

a la ayuda de unos cristales de aumento. Acentuada ésta por lecturas desordenadas, en noches de insomnio, inacabadas muchas veces, —incompletas siempre—, mediante las cuales buscaba hacerse, si no de una cultura, al menos de un enchapado. Llevaba en sí el gusanillo acuciante de la curiosidad, pero no era aquél del género libresco, sino más bien el que en vano buscaba en los libros, —entre otros— las instrucciones prontas que le indicaran el modo de conseguir un resultado, prescindiendo de las teorizaciones. Ésas, no estaban hechas para él, en todo caso, debían de servirle para convencer a otros. Por eso, entre todos los demás libros, prefería los *manuales de aplicación práctica* que enseñaban un montón de cosas sin darles muchas vueltas. ¡Mientras menos vueltas, mejor!

—¡Al grano! —era su divisa. A la que los enemigos de toda laya añadían siempre una frase que a él le parecía la más injusta de cuántas se decían—: *de la discordia...*

Devorando manuales; de éste y aquél modo había dado con la daguerrotipia —entre otras muchas creaciones de su genio— cien años después de la invención de aquélla, y tras la revelación que del método hacía una revista especializada que cayó al alcance de sus manos. Su pronta aplicación y entusiasmo consiguieron en verdad una muestra singular que, comparada a los daguerrotipos de la revista, los superaba con creces, lo que tuvo el efecto de persuadirlo de ser el verdadero inventor de la fotografía pues mediante los métodos originales había conseguido producir una fotografía de características superiores a las del daguerrotipo. ¡El mundo estaba lleno de injusticias como aquélla de que, correspondiéndole a él la paternidad de una invención se la atribuyeran a éste o aquél, según fuera concebible a causa de una rotación arbitraria entre un puñado de naciones llamadas civilizadas! Por eso, en principio, se había prometido él alguna vez, — ¡algún día!— librar una guerra sin cuartel contra todos... Comenzaba ya a sentirse otra vez él como consecuencia de los efectos de la inyección. Nuevamente, allá arriba, consiguió verla. Siempre atareada, incesante, marchando hacia delante —era una manera de decir—

hacia su meta circular, pero muy bien definida a sus ojos; transparente, pero con esa transparencia que no sólo dejaba ver a través suyo, sino que impedía ser vista con facilidad desde todos los ángulos. ¡Ah, *La flaca*! Era sin dudas una criatura con sus mañas. El hilo que elaboraba en ella misma, (¡y que características las de ese hilo!) lo mismo le servían para descolgarse como para atrapar a su presa. ¡Trampa y mortaja! *La flaca* era a la vez un taxidermista natural, o mejor, un embalsamador que producía momias, —zombis en serie para consumo de ella misma y de su prole— y un ninja diestro en ataques y defensas sin cuento. ¡Sin escrúpulos innecesarios o enojosos! Entre ellos dos debía de haberse producido seguramente una suerte de admiración y reconocimiento recíprocos, porque —creyó advertir ahora— también la araña parecía observarlo con atención mientras hilaba, tiraba de sus hilos, reparaba un desgarrón en la tela, o cortaba un cabo suelto e inútil. Y como si fuera poco, —o quisiera darle pruebas de que era tal y como él imaginaba— había ido descolgándose cada vez más y más próxima a su rostro. Fue entonces cuando él creyó advertir algo desconcertante, —sin dudas algo que lo llenaba asimismo de agitación— pero sobre todo algo que hablaba con elocuencia a su vanidad. Tan próxima a sus ojos estaba ahora *La Flaca*, que él advirtió a pesar de su miopía los rasgos de su rostro. ¡Y esto no era menos excitante, que el animalito tuviera un rostro de persona! De este hecho habría sacado él de contar con tiempo disponible en estos instantes, un sinnúmero de conclusiones trascendentales, pero el hecho ante sus ojos sobrepasaba incluso sus expectativas de asombro, porque además de poseer un rostro diminuto, como correspondía —se dijo— en proporción con el cuerpo, aquellas facciones replicaban (barba incluida) las suyas propias. Siempre diligente, y descolgándose hasta alcanzar su oído, con un hilo de voz, pero audible, la araña le confió algún secreto que no llegó a los oídos de quienes, —sonrientes y prestos a servirle— le rodeaban.

—Ah, Finita... Te has demorado esta vez. ¡Mira que te llamé, chica! ¿Sabes lo que acaba de decirme al oído *La Flaca*? ¡Es una

verdadera revelación para que sepas! Mejor aún: una revolución. La nueva Revolución que voy a empezar tan pronto estén dadas las condiciones objetivas...

Pero como la araña parecía seguir musitando incesantes palabras a su oído, el que hablaba para Finita calló de repente concentrándose en el significado de aquello que oía:

—Deténganmelos a todos. ¡Y me los fusilan sin más trámites! Aquí, soy yo el único indispensable para... ¡Para todo! ¡Para todo!

Ahora la araña le dio vueltas al cuerpo del que yacía en la hamaca, con sus patas largas y fuertes, como si tuviera la intención de completar una mortaja que hubiera estado ensayando largamente. Las manos gesticuladoras cruzadas sobre el pecho hendido le daban cierto aire de paz al cadáver. Visibles quedaban únicamente los ojos, como si la tejedora infinita se hubiera olvidado de cubrirlos, o deseara que la tierra arrojada sobre el cuerpo penetrara en ellos primeramente. De todos modos, habían sido aquéllos unos ojos falsamente abiertos, empecinados aún ahora en no repudiar la enmarañada sombra que los desbordaba.

—Debí figurarme antes, que él también andaba en malos pasos contra mí. Todo ese alarde de lealtad, y toda esa mariconería suya. ¡Lenin tenía razón, carajo...! ¡El hombre es el lobo del hombre! Y hay que aprender a sonreír y a poner cara de *yo no fui* y todo eso, porque si no... Pero al César lo que es de César, coño, que a Dios se le puede dar gato por liebre sin salir uno trasquilado. O mejor dicho: ¡No! ¡César es Dios! ¡Dios es César! ¡Yo soy Dios! Nada de gaticos por liebre conmigo, que yo soy el más cabrón de todos. ¡Conmigo no se juega! Y si no, pregúntenle a todos los que se me han puesto por delante. ¡Y hasta muchos que no llegaron ni a pensarlo! La Historia es el Futuro. El Futuro soy yo. Yo soy la Historia. Oye, Finita, ¿por qué te demoraste tanto, chica, cuando te mandé a buscar? ¡Qué sea la primera y la última vez! ¿Me oíste bien?

Ahora la araña limpiaba de inmundicias su telar. A veces sacudía algún hilo al atraerlo hacia sí para cortarlo con sus fauces, menudas y fuertes, y este movimiento impartía al osario de huesos sueltos y colgantes un movimiento, y un sonido hueco al entrechocar y quedar cimbrando. A veces, se desprendía de la tela todo un esqueleto, empujado por las patas de la araña, pero era casi siempre un esqueleto magro, de huesos cristalizados que al caer se deshacían en partículas como de cuarzo.

Ahí estaba *La Flaca*, siempre laboriosa, atareada, atando y desatando hilos que eran a fin de cuentas los de la vida y los de la muerte. Tramando. Hubiera estado bien para su escudo de armas —pensó él. Algún día se haría armar caballero y dispondría de un escudo de armas en el cual campearía una araña semejante a La Flaca.

Un perro hambriento apareció de pronto al comienzo de la calle abandonada, y husmeó la presa ayudándose con un largo gruñido. Otros que llegaron pronto también gruñeron lo suyo y le siguieron hasta el medio de la calle.

—Si un día yo me muero... —dijo él— Óyeme bien, Finita... Si un día yo me muriera... Claro que se trata de una hipótesis hipotética... Si yo llegara a morirme algún día —dijo ahora, intentando sentarse en su hamaca— lo único que quiero es que me hagan el entierro más grande que se haya visto nunca en todo el mundo. —Y como si reflexionara—: Lo malo es que para que me entierren tendría que morirme de verdad. A lo mejor debería de pensar en la manera de hacer creer a todos que me he muerto, y después... Bueno, estate por ahí, en espera de mis instrucciones al respecto. En lo tocante a...

La araña cortó de un mordisco el hilo que sostenía el atado a la vez que se impulsaba mediante un resorte oculto y ascendía nuevamente hacia su esfera. El cuerpo de la momia describió en el aire una parábola y descendió fulminante para estrellarse sobre el pavimento



con un crujir de huesos. La jauría de perros hambrientos ya aguardaba allí para dispersar los huesos en el polvo.

*Rolando Morelli*

**Rolando Morelli.** Poeta, ensayista y escritor nacido en Camagüey, Cuba. Reside en la ciudad de Philadelphia, Pennsylvania. Profesor universitario. Director de Ediciones [La gota de agua](#). Ha publicado entre otros, el libro de relatos *Lo que te cuente es poco*. Textos suyos han aparecido en diferentes revistas electrónicas e impresas.

La Peregrina Magazine © 2014 | Archivos